

Corrientes historiográficas y enfoques metodológicos en torno a la historia económica

J. Daniel Toledo B.*

114. Donde el sur inclina hacia el oeste, la última parte del mundo que se extiende hacia el poniente es Etiopía. Este país produce mucho oro, gran cantidad de elefantes, toda clase de árboles silvestres, ébano, y hombres muy altos, hermosísimos y de larga vida.

115. Esas son las comarcas más distantes en Asia y en Libia. Mas tratándose de la parte extrema occidental de Europa no sabría hablar con exactitud; porque no puedo admitir que existe un río llamado Eridano por los bárbaros y que desemboca en el mar del norte y del cual se dice que nos viene el ámbar, ni tengo conocimiento de que haya unas islas Casitéridas de donde nos llega el estaño (...)

HERÓDOTO. Libro III (484-425? a. C.).¹

En cuanto se refiere a España, nos dicen, basados en la autoridad de los historiadores de este país más dignos de crédito, que a la muerte de Abderrahmán An-Nasir, octavo soberano de la dinastía omeyyada, se encontró en las arcas en donde guardaba sus tesoros cinco millones de dinares, repetidos tres veces, y que este acervo de oro pesaba quinientos mil quintales. He leído en una historia de (Harum) Ar-Rashid que, bajo el reinado de éste, una suma de siete mil quinientos quintales de oro acuñado entraba todos los años, al tesoro público.

IBN JALDUN (1332-1406).²

Algunas consideraciones preliminares

Como se puede observar en los textos de Heródoto e Ibn Jaldún, y en los muchos otros, la preocupación de los historiadores por las actividades económicas de los

* Área de historia UAM-I.

pueblos y estados es tan vieja como la historia misma. Sin embargo, la referencia a la "oikonomía" estaba mucho más emparentada con la geografía que con la historia, tenía que ver con el aprovechamiento de determinados recursos por parte de los pueblos, trashumantes o sedentarios, en determinados espacios. Además, dichas referencias a la economía eran meras descripciones, registros de actividades o intercambios, no se interesaban por su pasado ni por su desarrollo.

El cruce fertilizador entre la historia y la economía y su resultante: la historia económica, es mucho más reciente. En efecto, la utilización sistemática de la variable económica en el análisis de la retrospectiva histórica, y todo el aparataje metodológico que le acompañará, es un fenómeno relativamente reciente, perceptible ya desde mediados del siglo XIX (el llamado siglo de la historia) y plenamente consolidado en el siglo actual, particularmente a partir de la década de los treinta.

Tres corrientes historiográficas, y sus correspondientes aportaciones teórico-metodológicas, han resultado decisivas en la evolución y consolidación de la historia económica: el materialismo histórico, la escuela francesa de los anales y la nueva historia económica —ésta última la única corriente historiográfica propiamente americana—. En su conjunto, con distinto grado y tiempo, pero de manera acumulativa, dichas escuelas han contribuido a innovar, la problemática y el tipo de fuentes no sólo en cuanto al concepto, sino respecto a la diversificación y calidad de los métodos y técnicas de la investigación histórica. A su vez, la puesta en práctica de estos nuevos enfoques metodológicos ha traído como resultado nuevas maneras de concebir y hacer la historia que no tienen mayor relación con aquella "his-

torizante", episódica, lineal, erudita, descriptiva, etc. que privilegiaba los hechos político-diplomático-militares y prolijaba una metodología tradicional sustentada en la perpetuación del mito positivista. Por el contrario, se empieza a postular una idea de historia renovada, integral, más científica en su quehacer y proceder; más abierta, sin fronteras irreducibles con las demás ciencias sociales; más sensible al papel de las coordenadas espaciales en el estudio de las realidades históricas; más atenta a las pulsaciones de los tiempos; en suma, una historia más global, centrada en la actividad humana, en la vida de los grupos y sociedades, en sus interacciones económicas y sociales, en su dinámica demográfica, etc., aspectos soslayados en la explicación histórica tradicional.

Ahora bien, dentro de la dinámica que impone esta nueva manera de concebir el quehacer histórico, una ciencia con vocación globalizadora como lo es la historia, no podía renunciar a los contactos rejuvenecedores con las demás ciencias sociales. Tal relación ha sido tan revitalizadora para la historia que no es aventurado sostener que los progresos en términos teóricos, metodológicos y técnicos experimentados por la disciplina en los últimos sesenta años, más que producto de su dinámica interna, han sido el resultado de eso que hemos llamado "cruce fertilizador" con las demás ciencias sociales, y aún otras disciplinas, pues no sólo ha permitido ampliar sus horizontes temáticos y acrecentar sus bases testimoniales, sino innovar los aspectos metodológicos y técnicos, así como incrementar su bagaje conceptual, instrumental básico con que el historiador acomete sus análisis.

En la actualidad es evidente, por lo menos a nivel de metodologías y técnicas de investigación, que la

historia no puede prescindir de los aportes y préstamos de aquellas disciplinas más o menos afines y conexas como la economía, la sociología, la ciencia política, la demografía, aun las matemáticas, por sólo nombrar las más cercanas. Lo mismo sucede a nivel de conceptos instrumentales básicos.

Si bien es cierto que lo anterior ha representado una vía de incuestionable progreso para la ciencia histórica, también es cierto que ha tornado más

complejo el trabajo de los cultores de la diosa Clio. Estas complejidades se hallan vinculadas, por una parte, con el carácter integrador y totalizador que asume la historia frente a las demás ciencias sociales, y por la otra, con los problemas de especialización que plantea una ciencia en expansión y renovación como ocurre con nuestra disciplina. Ambas dimensiones suponen, al menos en el terreno metodológico, importantes desafíos por resolver. Para empezar, es útil recordar que la historia, al sobreponerse a las demás disciplinas sociales —en una acción perfectamente ecuménica dirá Hobsbawn³—, no sólo se impone el deber de comprenderlas en su totalidad, sino el de desarrollar una metodología capaz de extraer e integrar aquellas variables a la explicación histórica, única manera de acceder a la globalidad que se propone. Ahora bien, tamaña empresa ha obligado al historiador, como ya se ha dicho, a adentrarse en los terrenos de las ciencias sociales, tomar contacto con nuevos temas e incursionar en nuevas estrategias metodológicas, acciones todas sumamente atractivas, pero que han ampliado, diversificado, y en algunos casos dificultado, el quehacer del historiador, sobre todo si ha sido formado en la escuela tradicional. Aquí no sólo nos estamos refiriendo al problema de las fronteras y especificidades entre una ciencia social y otra, o a los esfuerzos que requiere la implementación de los enfoques inter y multidisciplinarios, sino también a la inevitable utilización de nuevos métodos y técnicas cuantitativas, así como al uso de los cada vez más sofisticados recursos que la cibernética pone a disposición del historiador.

En cuanto a los problemas de la especialización dentro de la historia, los desafíos no son menores. A diferencia de otros científicos sociales, el historiador



está batallando permanentemente por definir y delimitar su campo de estudio. Esto ocurre porque todos los acontecimientos y manifestaciones del pasado humano, aún aquellos que podrían conceptualizarse como no históricos, son susceptibles de ser reconstruidos y explicados históricamente, empresa que plantea un desafío metodológico importante al historiador, en particular si se adhiere a la idea de una historia globalizante, pero también está interesado en preservar y cultivar las especificidades propias de la disciplina. Este último tipo de enfoques ha implicado un esfuerzo analítico considerable, cuyos resultados han sido la progresiva fragmentación de la historia en ramas cada vez más específicas. De esta manera, hoy en día no sólo hay historiadores a secas, como seguramente lo postularían Febvre y Bloch, sino también historiadores económicos, sociales, políticos, de las ideas, de la vida cotidiana, de las mentalidades, micro y macrohistoriadores, etc., en fin, tantas especializaciones como infinitas son las posibilidades del trabajo histórico. Y, si bien es cierto que la explicación de lo global se puede iniciar por cualquiera de estas ramas, tales abordajes requieren de una rigurosa delimitación del objeto de estudio (con el consiguiente problema de los deslindes o fronteras) y de la utilización de métodos y técnicas cada vez más específicos.

Como se ha visto, el desarrollo de la ciencia histórica ha impuesto nuevas tareas para los historiadores, tareas que plantean la necesidad de una búsqueda constante de métodos más eficaces que suponen, a su vez, el empleo de medios técnicos más perfectos, incluyendo los cibernéticos. Como alguien ha dicho, el recurrir a los métodos matemático-estadísticos por ejemplo, o a la utilización de la cibernética, no significa simplemente pagar un tri-

buto a la moda, sino que responde a las necesidades actuales de la propia ciencia histórica.

Es bajo esa atmósfera de renovación, apertura, de búsqueda de alternativas temáticas y metodológicas, de constantes ensayos o "vías de constitución" de la ciencia histórica como diría Pierre Vilar, que se produce el ya mencionado cruce fertilizador entre la historia y la economía, lo cual da como resultado la historia económica, rama que junto a la historia social y demográfica, constituye una de las expresiones más renovadas del quehacer histórico del presente siglo. Los orígenes están muy claros, en tanto rama fundamental de la historia aborda los aspectos y la problemática económica como un elemento básico e imprescindible en la explicación de los fenómenos sociales en las diferentes sociedades y culturas; pero también se preocupa de los resultados económicos de las actividades sociales, y más concretamente de las regularidades que se manifiestan en las actividades económicas de las sociedades humanas, con lo cual se reconoce como parte de la economía. De esta manera, la historia económica rinde tributo a su doble maternidad: la de la historia y la de la economía.

Ahora bien, dentro de los límites disponibles, no es posible un tratamiento de las propuestas teóricas y de los principales contenidos de cada una de las corrientes historiográficas que tanto han influido en la historia económica, tampoco el análisis exhaustivo de la obra de alguno de sus principales exponentes. Por tanto, el presente trabajo se limitará a un breve análisis y descripción de las principales contribuciones metodológicas de las mencionadas escuelas históricas, así como la identificación de algunos de los problemas y reacciones que ha generado la puesta en práctica de dichos enfoques en el campo

de la historia económica. Los objetivos y alcances del presente trabajo son modestos, tienen la pretensión de constituirse en una lectura sensibilizadora e introductoria para aquellos que requieran aproximarse a una idea o iniciar un curso básico de metodología de la historia económica.

El aporte del materialismo histórico

En palabras de Pierre Chaunu,⁴ la historia económica moderna sólo existe a partir de la coyuntura 1929-1932 “con la gran empresa de la historia científica de los precios...” y sus posteriores modalidades. Antes de 1929 —sigue afirmando el mismo autor— “estamos en presencia de una arqueología de la historia económica. Todo empieza en el horizonte de 1929-1930”. Afirmación clara y contundente que, no obstante su valor historiográfico, puede conducir a equívocos y sobrevaloraciones. Si bien es cierto que a partir de entonces el interés de los historiadores por el empleo de materiales estadísticos y métodos cuantitativos se incrementó sustancialmente, también es cierto que con anterioridad han tenido lugar procesos históricos importantes y se han dado pasos teórico-metodológicos decisivos —como la aparición del marxismo por ejemplo— que significaron contribuciones claves para la constitución de la historia económica, lo cual de ninguna manera autoriza a conceptualizarlas de “arqueológicas”, como lo sostiene Chaunu.

Ahora no hay duda, por lo menos en los inicios mismos del siglo XIX, con el “alumbramiento del capitalismo”⁵ y sus consecuentes como la economía política burguesa y la Revolución Industrial, pero sobre todo con la aparición del marxismo (1848-

1867) y su concepción sintética de la historia económica, a su vez elemento fundamental para la constitución del materialismo histórico, se dieron pasos fundamentales que marcaron un hito decisivo en el desarrollo de las ciencias sociales, y en particular de la historia económica.

Otro punto importante, en cuanto a las precondiciones para el despegue de la historia económica que relativiza la afirmación de Chaunu, son las fuentes, materia prima del historiador. En este caso nos referimos a las fuentes de carácter estadístico a través de cuyo análisis podemos tener conocimiento de la realidad económica de un periodo determinado, o reconstruir las dimensiones de un problema económico específico. Se trata, pues, de fuentes imprescindibles para la rama. Sin embargo, la realización de esta clase de investigación está condicionada, en primer lugar, por la existencia de tales registros, no sólo como problema de conservación de los mismos, sino en tanto actitud o política deliberada de los hombres y las instituciones —particularmente el Estado— por registrar las cuentas nacionales con sus ingresos y egresos, los censos de todo tipo, estadísticas administrativas, padrones, registros de contribuciones, propiedades, patentes, etc., y, en segundo lugar, por un determinado desarrollo de las ciencias sociales, suficiente para afrontar la tarea de recopilación y ordenamiento de los datos. Respecto a lo primero, el siguiente párrafo es elocuente: “La recogida de los materiales estadísticos (...) crece prácticamente junto con la monarquía absoluta, de acuerdo con sus ambiciosos planes de la política económica”. Escribe el autor de la más reciente historia económica de Inglaterra en aquella época: “El siglo XVIII es el siglo de la aritmética política”. Y un autor francés señala: “La administra-

ción, sobre todo a partir del año 1715, se vio dominada por una verdadera manía estadística, todo lo quería conocer a través de las cifras". Desde aquel tiempo, los materiales de este género empiezan a multiplicarse, a perfeccionarse, en proporción al poder y grado de centralización de las autoridades estatales, a la eficiencia de la administración y al control democrático ejercido sobre dichos objetos.⁶ En cuanto a lo segundo es oportuno señalar que, independientemente de la validez probatoria y de las dificultades metodológicas de la utilización de dichas fuentes, ya en el siglo XIX hemos entrado de lleno en la era de la estadística (superadas las etapas de la pre y protoestadística); sería necesario esperar solamente la conformación de las metodologías correspondientes que ya, a fines de dicho siglo, se encuentran en camino junto a la historia estadística y la llamada historia serial.

En lo concerniente al materialismo histórico,⁷ nos gustaría subrayar por lo menos cuatro importantes contribuciones metodológicas relacionadas con la manera de ver la historia y de abordar las temáticas de la historia económica. En primer lugar, en el *Manifiesto del Partido Comunista* y en el prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política*, Marx y Engels nos proponen las bases teórico-metodológicas del materialismo histórico, la teoría de la historia marxista. En ellas se postula la aplicación del método dialéctico a la observación y análisis de las formaciones económico-sociales y a su constante devenir, en dicho estudio se requiere por lo menos de: a) una búsqueda de sus raíces en el pasado, b) un análisis de las condiciones de su formación y conformación como tal, c) un estudio de las fuerzas motrices que intervienen en su desarrollo, maduración y posterior caducidad y, d) un análisis de las

PEA-STELUJO - 1972



condiciones en que se produce el advenimiento de una nueva formación económico-social. Con esto, el materialismo histórico no sólo nos está proveyendo de una teoría global, objetiva y científica del desarrollo social que sustituye la concepción idealista de la historia por otra concepción de tipo realista-materialista, sino que también nos está suministrando un principio epistemológico fundamental: el conocimiento y explicación de los fenómenos históricos

está en la realidad social misma, en sus contradicciones y modalidades de cambio, no fuera de ella, como la postulaba el idealismo.

La segunda contribución tiene que ver con el aporte de dos categorías analíticas fundamentales como el modo de producción y la formación económico-social. El concepto de modo de producción está en la base de todo el materialismo histórico y expresa la forma cómo las sociedades se organizan para llevar a cabo la producción de sus satisfactores, tanto de índole material como espiritual. Esta categoría fundamental supone, a su vez, la interacción de dos subcategorías que son claves para la explicación del dinamismo histórico: las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Aún más, puede considerarse el modo de producción como la base de una sociedad, determinante en última instancia de la superestructura de la misma. Sin embargo, y pese a que el modo de producción es la categoría más importante del materialismo histórico, nos dice J.A. Pla, "a ninguna sociedad se puede analizar solamente por su modo de producción, dominante o no"⁸ puesto que sólo es un modelo ideal, una categoría teórica de análisis y no la realidad misma. Hacerlo sería incurrir en los dos pecados mayores de los seudomarxistas: por un lado, encuadrar la realidad a los términos y requerimientos del modelo de análisis y, por otro, recurrir a los enfoques economicistas y mecanicistas de la historia: aberraciones metodológicas con que se ha desvirtuado al materialismo histórico.

Lo real y concreto es que en una misma sociedad coexisten diversos modos de producción, aun cuando predomina uno, que nos sirve para tipificar a la sociedad en estudio. El historiador marxista debe conectar —en términos de análisis claro está— el

concepto de modo de producción con el de formación económico-social que, en palabras del propio Marx se aplica al "análisis de realidades históricas, concretas, singulares, aprehendidas en el tiempo real, irreversible, de un periodo determinado de la historia".⁹ La relación entre ambos conceptos es clave para la implementación de una metodología del materialismo histórico, pues se trata de hacer operativo un modelo teórico de análisis, el modo de producción, construido con los elementos comunes a una serie de sociedades que se consideran de tipo similar, para ser aplicado a una realidad histórica concreta, localizada temporal y espacialmente como la formación económico-social.

El modo de producción está en la base del materialismo histórico, incluso Louis Althusser ha escrito que "...el materialismo histórico tiene por objeto *los modos de producción* que han surgido y que surgirán en la historia. Estudia su estructura, su constitución y *las formas de transición* que permiten el paso de un modo de producción a otro",¹⁰ con lo cual no se hace más que enfatizar el papel clave de dicha categoría teórico-analítica. Sin embargo, e incluyendo al propio Althusser, el modo de producción ha sido uno de los conceptos más desvirtuados dentro del aparato ideológico del materialismo histórico, aún desde los propios enfoques marxistas. No obstante la trascendencia de dicha problemática, lo destacable aquí es que, polémico o no, el modo de producción ha sido objeto e instrumento, en tanto modelo teórico, categoría analítica o estrategia metodológica para la realización de importantes obras, algunas ya clásicas para la historia económica europea, asiática y latinoamericana.¹¹

La tercera contribución está relacionada con la explicación del dinamismo histórico, sus modalida-

des y sus determinantes, concepción que provee de otras dos categorías teórico-analíticas claves dentro del método histórico marxista: la “determinación en última instancia” y la “lucha de clases”. Al respecto, el materialismo histórico supone que la realidad social es cambiante, lo cual se advierte, por ejemplo, en la transición y el paso de un modo de producción a otro. Estos cambios ocurren por unas determinadas causas y con arreglo a ciertas leyes generales susceptibles de ser conocidas científicamente. En tal perspectiva, y dicho de una manera elemental, tales cambios ocurren en virtud de una serie de variables, pero son “determinados en última instancia” por las condiciones de la producción y reproducción de la vida real; es decir, por la acción de la estructura económica de la sociedad sobre la superestructura de la misma, o sea, sobre la esfera de las relaciones políticas, jurídicas, filosóficas, artísticas, religiosas, etc. Ahora bien, ese proceso de cambio histórico continuo se desencadena y realiza por el enfrentamiento entre las clases sociales que defienden la superestructura vigente porque representa su modo de vida e intereses, y aquellas que desean cambiarla por injusta, opresiva y explotadora, contradicción fundamental que origina la lucha de clases, el llamado motor de la historia, tal cual está expresado en los archiconocidos primeros párrafos del capítulo primero: “Burgueses y Proletarios” del *Manifiesto del Partido Comunista*, cuando se señala que “La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases...” etcétera.¹²

No obstante que los conceptos de determinación en última instancia y lucha de clases sean claves para explicar los cambios históricos y que, en tanto categorías teórico-analíticas, sean también indispensables para la conformación de una metodología ma-

terialista de la historia económica, esto no las exime de la gran polémica que ha acompañado su utilización. Conocidas son las visiones economicistas y esquematizantes de los pseudomarxistas y las simplificaciones y reduccionismos de los antimarxistas, que conciben y aplican de un modo mecánico tales categorías. Ya en su tiempo el propio Engels tuvo que salir al paso de tales desviaciones cuando, en carta enviada el 21 de septiembre de 1890 a Joseph Bloch, puntualizaba:

Según la concepción materialista de la historia —le explica—, el factor que en *última instancia* determina la historia es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el *único* determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacua, abstracta, absurda. La situación económica es la base, pero los diversos factores de la superestructura que sobre ella se levantan —las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, las Constituciones que, después de ganada una batalla redacta la clase triunfante, etc., las formas jurídicas, filosóficas, las ideas religiosas y el desarrollo ulterior de éstas hasta convertirlas en un sistema de dogmas ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas y determinan, predominantemente en muchos casos, sus *formas*...¹³

En tanto método para comprender la dinámica social y guía para orientarse en una realidad en perpetuo cambio —como diría Franco Catalano parafraseando a Rappoport¹⁴— la dialéctica materialista de la historia no sólo nos ha entregado una nueva concepción del tiempo, sino también una nueva modalidad de periodificación histórica, sustentada en los modos de producción. Aunque todavía con algunas reminiscencias del viejo cuadripartismo, dicha periodificación plantea la superación del orde-

namiento lineal, del “flujo continuo e irreversible”, por un ordenamiento más bien en espiral, flexible y dialéctico, del acontecer histórico. Tal perspectiva nos permite observar en mejores condiciones toda la complejidad de los procesos históricos, apreciar la riqueza de la transición de un modo de producción a otro, identificar los momentos de mayor aceleración histórica, los saltos adelante y también hacia atrás, el juego entre estructuras y coyunturas; apreciar la agudización de las contradicciones económicas y sociales que anteceden a los grandes cambios e identificar tanto las fuerzas que favorecen como las que se oponen a dichos cambios, etc., momentos todos de valor inapreciable para el historiador que, de esta manera, ve facilitada su labor de descubrir y analizar la base material sobre la que se erige el modo de vivir de los hombres, tema central para la historia económica.

En definitiva, el materialismo histórico, al asignar un papel fundamental en la explicación histórica al factor económico, no sólo incorpora un punto de vista inédito hasta ese momento, que facilita la comprensión global de los procesos históricos, sino que desde su aparición hasta nuestros días se convirtió en un marco teórico indispensable para el estudio de los fenómenos económico-sociales.

La escuela de los “Annales” o la Nueva historia

En opinión de Chaunu, el nacimiento de la historia económica moderna en “el horizonte de los años 30” no es un hecho azaroso. Se vincula muy particularmente con la obra colectiva iniciada por Marc Bloch y Lucien Febvre en 1929 bajo el título de “Annales

d’histoire économique et sociale” —que de aquí en adelante denominaremos *Annales*— y con el esfuerzo científico “para dar una explicación, ciertamente parcial, pero coherente, de la crisis de 1929”.¹⁵ Claro está que para realizar lo anterior, ha debido mediar también el progresivo interés en la coyuntura económica, la introducción de la cuantificación sistemática a través de la estadística histórica, el desarrollo de la historia científica de los precios y el estudio de los ciclos económicos. Sin olvidar, por cierto la acción pionera del marxismo en propiciar el cruce entre la historia y la economía. Sobre estas bases y desarrollo “...la interpretación económica de la historia se ha afirmado como una de las hipótesis más vivaces y fecundas de la ciencia” nos dice Ernest Labrousse, precisamente uno de sus grandes constructores.¹⁶

Como se ha visto, el estudio de la coyuntura a través de la historia de los precios condujo, inevitablemente, al estudio de los ciclos económicos, y el análisis de estos últimos a la presencia de los economistas en los terrenos de los historiadores. Esta presencia representó una ganancia metodológica recíproca: la historia económica incorporó la aplicación de modelos elaborados con base en datos cuantificables de la actividad económica, y la economía importó la noción de cambio, fluctuación o movimiento, atributo característico de la nueva historia. En este contexto, los aportes de la dupla F. Simiand y su discípulo E. Labrousse resultarán fundamentales, no sólo en el proceso de consolidación de la historia económica, sino también en su proyección hacia la era de la posguerra. Ellos son los creadores de la relación básica y continua entre las fluctuaciones económicas y los movimientos sociales —hipótesis construida con base en los análisis económicos

de la coyuntura y sus repercusiones sociales—, que ha vinculado necesariamente a la historia económica con la historia social, beneficiando enormemente ambas ramas de la historia.

Como era de suponer, los análisis de coyuntura condujeron a los estudios de la estructura y sus modalidades de cambio, problemática que requirió de dimensiones espacio-temporales mucho más amplias que los meros acontecimientos y ciclos económicos para ser aprehendida y analizada en toda su magnitud y complejidad. Y he aquí que este solo requerimiento nos condujo a una de las innovaciones teórico-metodológicas más importantes de la historiografía contemporánea: es la utilización de una nueva dialéctica espacio-tiempo que abrió amplias perspectivas a los estudios históricos en general y a la historia económica en particular. Esta verdadera revolución historiográfica es el resultado de los trabajos iniciales de François Simiand— cuando, en su esfuerzo por explicar la crisis económica de 1929-30, perfeccionó su teoría de los movimientos de larga duración— y, Fernand Braudel, quien articuló la teoría de las duraciones con un espacio geográfico concreto y finito: el Mediterráneo. Por esta vía, Braudel recupera el tradicional maridaje entre la geografía y la historia, en la construcción de una suerte de “geohistoria”, y hace operativas las nuevas dimensiones de las coordenadas espacio-temporales en su ejemplar trabajo *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*.

Bajo estas nuevas condiciones y dimensiones del trabajo histórico, el estudio de las fluctuaciones económicas conduce al estudio de la problemática del desarrollo y subdesarrollo, y más en general al análisis de las teorías del crecimiento económico, temáticas muy propias de la era de la posguerra que



BEA-STELLINO-1972

darán trabajo a buena parte de los historiadores económicos.

Ahora bien, toda esta renovación de enfoques, temáticas y métodos que han acompañado al desarrollo de la historia económica desde los años treinta hacia acá no habría sido posible sin el impulso renovador de la escuela de los *Annales* y sus “combates” —para usar palabras de Lucien Febvre— por construir una nueva historia. Dentro del espíritu del presente trabajo es pertinente pasar a subrayar algunas de las principales contribuciones teórico-metodológicas que dicha escuela ha hecho en pro de la ya recordada diosa Clio.

En la introducción de la obra *Historia económica y cuantificación*, publicada en México a mediados de los setenta, los compiladores Ciro F. S. Cardoso y Pérez Brignoli expresaban: “...su creencia sincera de que ninguna otra escuela histórica actual supera el dinamismo interés y amplitud de visión de los mejores exponentes de la escuela francesa”.¹⁷ Suscribo totalmente dicho juicio y sólo enfatizaría que desde su misma aparición, los *Annales* representaron un verdadero parteaguas historiográfico en cuanto a la innovación de la teoría y la práctica de hacer historia.

En sus esfuerzos por sentar las bases de una “nueva historia” propiciaron la renovación del concepto mismo de la disciplina, con lo cual, por un lado, se afirma definitivamente su carácter científico al pasar de una historia narrativa, fáctica, elitista, tradicional, etc., a una historia problematizada y crítica, sustentada en el planteamiento y la resolución de hipótesis; por otra parte, alcanza plenitud la idea de una historia total o global, es decir, “...una historia que abarque todos los aspectos de la existencia de los hombres, que no puede ni debe quedar fragmentada

o dividida jamás entre diversos y opuestos intereses o problemas, sino que, por el contrario, es unitaria”.¹⁸

Por supuesto, dichos enfoques plantearon la necesidad de una mayor apertura de la historia hacia el amplio espectro de las ciencias sociales, propuesta que Braudel, uno de sus más tenaces impulsores, plantea admirablemente al pronunciarse a favor de un diálogo entre la historia y lo que él llama las ciencias humanas:

Nos corresponde, en tercer lugar, reconocer a lo “cultural” toda su extensión. El historiador, por sí solo, no puede hacerlo. Se impondría realizar una “consulta” que agrupara al conjunto de las ciencias del hombre, tanto las tradicionales como las modernas, desde el filósofo al demógrafo y al estadístico. Es, en efecto, utópico pretender, a la manera alemana, aislar a la cultura de su base, que estaría constituida por la civilización. Tan absurdo es tratar con negligencia a la superestructura como a la infraestructura, cosa que tantas veces se ha hecho. Las civilizaciones tienen los pies en el suelo. Para arriesgar una fórmula rápida, nos es necesario, valga lo que valga, obligar a marchar con un mismo paso tanto a Toynbee o a un Lucien Febvre, como a los marxistas. ¡Qué tremenda puerilidad el desdén manifestado hacia Marx en todo este descarrío idealista a que la mayoría de las veces se reduce al estudio de las civilizaciones! De hecho, como historiadores, debemos iniciar una serie de diálogos con cada uno de los grandes sectores de las ciencias del hombre.¹⁹

Es bajo esta atmósfera de diálogo, intercambio, aportes y préstamos entre las diversas disciplinas sociales, que adquiere forma definitiva esta Nueva historia: una historia global, como ya se ha dicho, sin fronteras irreductibles y proclive a la inter y multidisciplinaria; una historia que ha incorporado y diversificado sus temáticas, que también ha ampliado y diversificado sus bases testimoniales y

perfeccionado sus métodos y técnicas de investigación, innovaciones que no sólo han permitido la maduración definitiva de ramas como la historia económica, social, demográfica, sino la inauguración de otras como la historia regional, oral y de las mentalidades. En términos generales, ésta es una de las aportaciones básicas de la escuela de los *Annales* a los enfoques metodológicos contemporáneos.

Otras de las contribuciones mayores de la escuela francesa han sido: la teoría de las duraciones, o de la diversidad de las dimensiones de la temporalidad en los procesos históricos, y una nueva dialéctica espacio-temporal, que tiene como base una relación simbiótica entre geografía e historia (geohistoria) sobre la cual se despliegan las duraciones. Ambas aportaciones han sido atribuidas, con justicia, al genio creador de Braudel; sin embargo, hay que aclarar que Braudel no fue un innovador aislado, sino un gran continuador de ideas y propuestas como él mismo lo reconoce en el prólogo de su obra fundamental. Trabajos como *Las fluctuaciones económicas de periodo largo y la crisis mundial* publicada por François Simiand en 1932, *El movimiento de los precios en Francia en el siglo XVIII* y *La crisis de la economía francesa al final del Antiguo Régimen y al principio de la Revolución* publicados por Ernest Labrousse en 1933 y 1944, respectivamente;²⁰ la breve pero sustanciosa obra de Marc Bloch, la militancia de Lucien Febvre con sus *Combates por la historia* y su trabajo *Rabelais y el problema de la increencia en el siglo XVI*, donde ya anuncia el nuevo género de la historia de las mentalidades, etc.; han sido muy importantes para la culminación de su obra. Imposible dejar de mencionar también los trabajos de reconocidos geógrafos franceses, algunos de los cuales fueron maestros de Braudel como

Vidal de la Blache, Elisée Reclus, Roger Dion y Albert Demangeon, quienes, con anticipación habían insistido en la importancia de la percepción del espacio en el estudio de las realidades históricas. En fin, el trabajo de todos ellos: historiadores, economistas, sociólogos y geógrafos está plasmado, en alguna medida, en esa monumental síntesis que es *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, cuya aparición provocó una verdadera revolución historiográfica.

La bibliografía sobre las duraciones es abundante y accesible,²¹ nos limitaremos aquí a citar un párrafo ejemplar del propio Braudel y a extraer un par de consideraciones metodológicas. Nos dice Braudel:

La historia se sitúa en diferentes niveles, casi diría que en tres niveles, si no fuera simplificar en exceso: son diez, cien niveles los que habría que considerar, diez, cien duraciones diferentes. En la superficie, una historia episódica de los acontecimientos, que se inscribe en el tiempo corto: se trata de una microhistoria. A media profundidad, una historia coyuntural de ritmo más amplio y más lento ha sido estudiada hasta ahora, sobre todo, en el plano de la vida material de los ciclos e interciclos económicos (...) Más allá del 'recitativo' coyuntural, la historia estructural o de larga duración encausa siglos enteros: se encuentra en el límite de lo móvil y de lo inmóvil, y, por sus valores muy prolongadamente fijos, aparece como un invariante frente a las otras historias, más raudas en transcurrir y en realizarse y que, en suma gravitan en torno a ella.²²

La primera consideración metodológica sobre este planteamiento tiene que ver con el concepto y uso del tiempo, ese ordenador, esa coordenada fundamental de la explicación histórica. Desde los griegos hasta hoy, en Occidente, el transcurrir del

tiempo histórico ha pasado de ser un proceso fatalmente cíclico, que se repite siempre, a un flujo lineal que orienta las acciones humanas desde la condena original a la salvación, o desde lo primitivo a lo civilizado, según se trate de cristianos o modernistas; el marxismo concibió al tiempo en términos de una espiral estructurada en función de una dialéctica del cambio y el progreso. A diferencia de sus antecesores, la escuela de los *Annales* no lo ve en una, sino en varias dimensiones, en una especie de planos superpuestos: el tiempo largo, el intermedio y el tiempo de corta duración, que muestran una variada gama de fenómenos y expresan distintas dinámicas históricas, según sea el interés o punto de vista del observador. Así, en esa suerte de mar de la historia, como le gustaría decir a Braudel, los tres tiempos o duraciones forman un conjunto en donde el tiempo corto, sustentado en el acontecimiento, es la espuma; el tiempo intermedio, fundado en la coyuntura, es la ola y la larga duración, basada en las estructuras, es el mar mismo. En su ordenamiento e interacción, la larga duración o historia estructural, es el horizonte esencial y determinante de las otras duraciones.

Tal concepción del tiempo plantea requerimientos metodológicos precisos: el historiador debe asumir la tarea de aprehender por lo menos tres dinámicas, integrar los hechos ocurridos en esos tres horizontes, y luego circunscribirlos a su espacio geográfico concreto para acceder a una más cabal comprensión de un proceso histórico. Según esta estrategia metodológica, ninguna historia debería hacerse sin abarcar, al menos, esos tres tiempos diferentes y complementarios. Ciertamente que una historia de la revolución bolchevique, de la renovación Meidji o de la revolución mexicana resultarían

muy diferentes a lo que hoy entendemos por tales, si solo se adoptara una de estas perspectivas o enfoques. Queda así abierta otra opción metodológica dentro de la historia económica. Si el economista ha preferido situarse en la historia coyuntural, es decir, en la historia de las fluctuaciones, de la crisis, de los ciclos, como lo ha hecho Kondratieff, Schumpeter, o aun el propio Labrousse, el historiador económico, aun partiendo de la coyuntura, debe trascenderla y confrontarse con las estructuras. Es en ese juego entre las coyunturas y estructuras, en el análisis de las fuerzas que promueven y se oponen a los cambios, que en el pasado tanto cautivaron a Marx y en las cuales más recientemente se ha sumergido Braudel, en donde el historiador económico encuentra terrenos más naturales para realizar mejor su faena.

Como se sabe, la crítica a la llamada historiografía tradicional, en donde la superestructura política es lo decisivo y de allí derivan las formas económicas, sociales, etc., no sólo abrió paso a una nueva interpretación histórica que otorgaba primacía a los cambios económicos-sociales por sobre los político-institucionales, sino que también creó la necesidad de afianzar y sustentar más científicamente la explicación económica de los fenómenos históricos, esfuerzo en el que convergerán marxistas y "annalistas", historiadores y economistas. Uno de los resultados de este estrechamiento de vínculos fue la introducción de la cuantificación en la historia o la "utilización razonada de la estadística en el dominio de lo histórico" como dirá Jean Bouvier. Es en este último terreno donde se localiza otra de las contribuciones de la escuela de los *Annales*, que finalmente reseñaremos aquí.

La introducción en la historia de la cuantificación sistemática, un invento de los economistas, fue

uno de los resultados de ese cruce fertilizador entre la historia y la economía; creció, por tanto, a la par de la historia económica y fue uno de sus elementos distintivos. En tanto procedimiento metodológico concreto, empezó con la reconstrucción de la historia de los precios y avanzó luego con los estudios de la renta agrícola, de los salarios, de los ingresos públicos y otros índices como los de producción, consumo y condiciones de vida. En suma, la cuantificación sistemática se consolida a través del esfuerzo por reconstruir toda una serie de indicadores que hicieran posible, por ejemplo, el análisis del comportamiento de una economía en un momento y lugar determinados. Los trabajos de Jean Marczewski, Pierre Chaunu, E. Labrousse y el propio Braudel son modelos de esta práctica metodológica.²³

No cabe duda que la reconstrucción y empleo de fuentes cuantitativas como las que se han señalado, la utilización de las técnicas estadísticas para la confección, ordenamiento y graficación de series de datos, así como el empleo sistemático de modelos matemáticos —otra de las importaciones de la economía—, etc., han incorporado un mayor vigor y eficiencia a los métodos históricos. Esto es así porque los métodos y modelos cuantitativos, al tratar de explicar los fenómenos históricos mediante el establecimiento de relaciones entre variables cuantificables, se ayudan tanto de técnicas estadísticas como de la composición y análisis de series de datos ordenados diacrónicamente, correlaciones entre series diversas, cálculos rápidos sobre indicadores diversos, el empleo de la estadística graficada en la construcción y uso de medianas, curvas, coeficientes de correlación, cuadros de frecuencias, etc., y también de técnicas matemáticas tales como proporciones, matrices de datos, frecuencias, tablas loga-

rítmicas, coeficientes de variación, tasas, tendencias, correlación y regresión, técnicas de simulación, etc., en suma, el empleo selectivo de diversos ordenadores estadísticos y matemáticos que se han transformado en auxiliares metodológicos indispensables en la reconstitución del pasado histórico.²⁴

Ahora bien, es efectivo que la cuantificación sistemática ha sido un aporte considerable al progreso de la historia económica y de la historia en general; ha significado la superación del registro de lo singular, de los análisis en función de los hechos particulares, y su reemplazo por una sustentación en lo colectivo y plural que dan las series de datos y los análisis en función de la tendencia, más que a la casuística, cosa que definitivamente favorece un tratamiento de la historia en términos de procesos, más que en función de acontecimientos. Por otro lado, en el interior mismo de la escuela de los *Annales* se ha propiciado el encuentro con la llamada historia serial,²⁵ que ha multiplicado el vigor y la eficiencia en la investigación histórica. Esto es, efectivamente innegable. Pero también es innegable que el uso excesivo e indiscriminado de la cuantificación, aun en nombre de la precisión, el rigor científico y la objetividad, le ha quitado a la investigación y a la historia misma su verdadera esencia, para transformarla en un ejercicio de “econometría retrospectiva” como tan acertadamente lo ha dicho Pierre Vilar.

La Nueva historia económica

La Nueva historia económica (*The New Economic History*) ya es algo antigua, no sólo porque se ha nutrido de la experiencia de la historia cuantitativa

y serial desarrollada en Europa desde la década de los treinta, sino también porque los primeros trabajos que marcaron el debut de dicha corriente historiográfica en los Estados Unidos aparecieron a fines de los cincuenta, es decir, hace ya largo rato. Entonces ¿en dónde radica su novedad? ¿Cuáles son sus innovaciones? Creo —junto con Gabriel Tortella— que ésta radica fundamentalmente “...en el propósito mantenido por un grupo de profesores e investigadores norteamericanos de utilizar más deliberada y sistemáticamente, de lo que se había venido haciendo hasta entonces, los métodos y conceptos de la teoría económica, de la estadística y de la econometría”²⁶ en el campo de la investigación histórica. Es en esta propuesta metodológica, ciertamente a través de “métodos desacostumbrados” en aquellos días, para usar las palabras de Levy-Leboyer,²⁷ en donde se localiza una de las mayores originalidades de esta escuela.

Por su manifiesta preferencia de utilizar métodos y modelos cuantitativos, propios de las técnicas de la economía matemática, ha sido también llamada “historia econométrica”, aunque algunos de sus cultores prefieren el de “cliometría”, denominación considerada en extremo pedante por Pierre Vilar, quien optó por bautizarla “econometría retrospectiva”. Independientemente de su denominación, lo que interesa destacar es que se trata de la más contemporánea de las corrientes historiográficas que reseñamos aquí y, por cierto, la única escuela propiamente americana, aunque para ser más exactos habría que decir estadounidense.

La Nueva historia económica es un típico producto norteamericano, sustentada en la teoría económica neoclásica marginalista y centrada en la problemática del crecimiento económico de Estados

Unidos; casi nunca ha trascendido a otros espacios y otras temáticas, entre otras cosas por la disponibilidad de fuentes y recursos que hay en casa. Es verdad que los historiadores económicos en Estados Unidos han utilizado datos y materiales cuantitativos desde hace tiempo, pero a partir de 1945 dispusieron, por ejemplo, de una obra básica: *Estadística histórica de los Estados Unidos*, preparada por la Oficina del Censo y de una gran cantidad de series sobre renta nacional y de otras variables de gran refinación preparadas por economistas y estadísticos de la *Oficina Nacional de Investigación Económica*, que representaron una base testimonial de enormes proyecciones para futuras recopilaciones e investigaciones. En segundo lugar, está el apoyo académico y financiero por parte de los Departamentos de Economía de las universidades norteamericanas, que es también clave y del cual, muy probablemente, deriva la mayor adhesión de esta escuela a la economía, más que a la historia. Por otra parte, es incuestionable que la moda de la cuantificación sistemática se ha visto favorecida por el desarrollo de la tecnología cibernética en la sociedad norteamericana. Por último, no hay que olvidar que hasta hace poco la producción de la Nueva historia económica estaba exclusivamente escrita en inglés, lo que limitaba su curso y difusión, reclusiéndola en casa.

Bajo las anteriores condiciones, favorecidas además por todo un proceso de revisión crítica de las propuestas teórico-metodológicas de las diferentes escuelas historiográficas que ocurría a principio de los sesenta, hace su aparición la generación pionera de la Nueva historia económica. Trabajos como *The Economics of Slavery*, publicado en 1959 por Arthur Conrad y John Meyer; *Railroads and American Economic Growth* de Robert W. Fogel, publicado en

1964; *American Railroads and the Transformation of the Antebellum Economy* de Albert Fishlow, publicado en 1965 y, sobre todo *The Reinterpretation of American Economic History* editado por R.W. Fogel y S. Engerman en 1971, marcaron el establecimiento definitivo de la Nueva historia económica, fijando sus temáticas y explicitando sus métodos. De partida se propusieron revisar científicamente las interpretaciones de la historia económica hecha hasta ese momento en Estados Unidos, particularmente los trabajos de Edwin F. Gay y sus seguidores, para centrarse luego, como ya se ha adelantado, en la problemática de la velocidad y alcances del crecimiento económico, y las variables que lo determinan. Ampliamente conocidos son, a este respecto, los trabajos y reflexiones en torno al papel de los ferrocarriles y de la esclavitud en el crecimiento económico norteamericano, que tanto Conrad y Meyer así como Fogel se han encargado de poner de moda.

Desde la perspectiva metodológica, el movimiento en pro de la Nueva historia planteó también una diferenciación tajante con lo que llamaban una "historiografía tradicional", fincada en métodos poco rigurosos, prácticas descriptivas y excesiva sustentación en variables político-sociales, para propugnar una historia hecha con base en modelos y métodos rigurosos, acordes a la teoría económica más reciente, a la aplicación de la estadística y la teoría de las probabilidades en la historia económica, tareas todas que realizaban mucho mejor los economistas que los historiadores. Por esta vía se construye una historia económica hecha por economistas, más que por historiadores, que han transformado a la historia en un campo de aplicación retrospectiva de la teoría económica más actual. He aquí

una de las grandes contribuciones, pero también una de las grandes polémicas desatadas por esta corriente historiográfica respecto del quehacer histórico.

En su afán de trascender la simple descripción y plantear de una manera más precisa las cuestiones relativas a la historia económica, la Nueva historia económica utilizó métodos desacostumbrados para los historiadores, y no sólo para los historiadores tradicionales. Tomando como base el método "deductivo-hipotético" y la formulación de "hipótesis alternativas", como medios de control de las explicaciones causales, se arribó al "método de simulación histórica" o del "empleo explícito de contrafactuales" para usar el término de G. Tortella, mismo que representa la culminación de toda la concepción metodológica de esta corriente historiográfica.

En términos operativos, el recurso de la simulación histórica para probar o refutar hipótesis, ocurre cuando:

...las técnicas de comparación de series son empleadas aun cuando la verificación directa es imposible: no se vacila en imaginar cómo habría evolucionado determinada situación, si las estructuras, las técnicas o las circunstancias hubieran sido distintas; y ello con la finalidad de verificar si ciertos factores explicativos avanzados, con frecuencia fueron realmente esenciales. Así, por ejemplo, para evaluar la importancia de la construcción de los ferrocarriles para la historia económica de los Estados Unidos en el siglo pasado (más exactamente para la evolución del ingreso nacional), Fishlow y Fogel no realizaron estudios econométricos partiendo de la hipótesis de la *no* construcción de ferrocarriles.²⁸

Lo mismo hicieron Conrad y Meyer con el tema de la esclavitud. Ahora bien, este procedimiento de verificación controlada de hipótesis por la vía de la simulación histórica, aparte de representar el rasgo

más original y constituir, por tanto, su mayor contribución metodológica, ha concitado también las mayores críticas y desatado las más grandes polémicas.

No tenemos demasiado espacio para abundar en las controversias, generadas por las propuestas metodológicas de la Nueva historia económica, por lo que nos limitaremos a sintetizar los argumentos de los detractores en dos cuestionamientos principales: el primero con relación al recurso de la simulación. Si bien se reconoce que mediante este artificio metodológico los historiadores evitan las incertidumbres y subjetivismos, ganando en certeza y objetividad, y que en tanto ejercicio de lógica deductiva es perfectamente practicable "por el carácter exploratorio de sus trabajos y de las mejoras que aportarían" en relación con la naturaleza aleatoria de la interpretación histórica, no deja de ser un método que subvierte los parámetros del historiador, que tiene por límites fundamentales la realidad social concreta, vista desde la perspectiva que se quiera, y no las dimensiones de un mundo ficticio como el que dicho método propone. No obstante los méritos que pudiera tener, opina Lévy-Leboyer, "es una difícilísima empresa el ofrecer, como objeto de análisis, hechos que no han existido. Entre la historia propiamente dicha y la simulación histórica, el verdadero peligro estriba en elegir la segunda excluyendo a la primera".²⁹

El segundo cuestionamiento tiene que ver con la excesiva tendencia a la cuantificación, que no sólo excluye las variables históricas que son difíciles de medir o cuantificar, sino que torna restrictiva la elección de hipótesis, inhibiendo las posibilidades de acceder a una visión más global de la historia. Si bien se reconoce que sus métodos han contribuido a darle mayor consistencia a algunos terrenos de la

historia económica por la vía de "un ensanchamiento del dominio estadístico", métodos de contabilidad nacional o la utilización de los modelos econométricos en la preparación de series y datos que han permitido, a su vez, la realización de investigaciones muy fecundas, se deben reconocer también sus serias limitaciones. Por ejemplo, sabemos que para hacer historia cuantitativa hay que tener series de datos, ¿qué pasa cuando no los hay? ¿Qué ocurre, como suele ocurrir en largos periodos históricos, cuando no se dispone de sustentación estadística? ¿Qué sucede cuando no podemos aplicar nuestros modelos econométricos a determinadas variables históricas que no son susceptibles de ser medidas cuantitativamente? ¿Se resuelve todo por la vía de la simulación? ¿No hay historia? Las dudas son elocuentes, las limitaciones son evidentes.

El carácter controversial y polémico de la Nueva historia económica persiste hasta hoy, aflora en sus reuniones, discusiones, conferencias, simposios, que realizan constantemente sus seguidores; sin embargo, esto no equivale a negar que, desde su aparición, esta corriente historiográfica ha contribuido efectivamente al proceso de renovación histórica, sobre todo a través de sus exigencias metodológicas. En efecto, desde los inicios de la década de los sesenta hasta hoy se ha venido aplicando a la historia económica, técnicas de economía matemática por parte de este grupo de economistas-historiadores que han ayudado a una más precisa formulación de la problemática histórica y a una más rigurosa elección de las explicaciones causales, con lo cual los análisis históricos han ganado en profundidad, aunque, claro está, sus explicaciones son todavía demasiado eclécticas y sus conclusiones demasiado proclives al particularismo histórico.

Epílogo

Las aportaciones teórico-metodológicas del materialismo histórico, la escuela de los *Annales* y de la Nueva historia económica han sido decisivas en la evolución y consolidación de la historia económica, y muy particularmente en lo que tiene ver con la renovación, diversificación y eficacia de los métodos y técnicas de investigación. Acto seguido, se examinó en forma sucinta las principales aportaciones que cada una de estas corrientes historiográficas ha hecho al respecto, como una manera de corroborar la afirmación inicial. Faltaría, sin embargo, una suerte de diagnóstico sobre el estado actual de cada una de estas escuelas historiográficas, porque ellas, como la historia misma, son objeto de procesos de revisión, de rectificación y de renovación constante.

Nadie ignora, por ejemplo, que el derrumbe de los llamados socialismos reales ha extremado la crisis de paradigmas que confrontaba el marxismo desde la década de los sesenta, al punto de que hoy, más que nunca, la corriente materialista de la historia se encuentra fatal e irremediablemente confrontada al viejo dilema de renovarse o morir. En el caso de la escuela de los *Annales*, que tanta

receptividad e influencia ha tenido en los medios académicos latinoamericanos, por sólo nombrar nuestra región, siempre será interesante conocer que su llamada tercera generación (la de los Le Roy Ladurie, Pierre Chaunu, Pierre Goubert, François Furet, G. Duby, Le Goff, etc.) ha arribado a su plena madurez productiva proporcionando nuevas temáticas, nuevos enfoques y métodos al quehacer histórico. Por último, es también importante seguir la evolución de los trabajos y métodos de la Nueva historia económica (que como escuela y "espíritu de cuerpo" son muy activos), los cuales ya están empezando a reconocer que el mundo de los historiadores, por nombrar a su clientela más cercana, no se ajusta muy bien a sus abstracciones y además, aun cuando "lo cuantitativo tiene un óptimo valor instrumental, sirve para basar, o apoyar una explicación, pero no reemplaza a la explicación misma",³⁰ como tan acertadamente ha concluido Tuñón de Lara con esa ya vieja polémica entre cuantitativistas y cualitativistas.

Sin embargo, estas interesantes cuestiones deberán quedar sólo en el nivel de los enunciados, por esta vez. El presente trabajo excede con creces los límites de espacio que le fueron recomendados; por tanto, esta parte de la tarea quedará por hacer.

Notas

1 Heródoto, *Historias de Heródoto*, libro III, (col. Nuestros Clásicos: 56) tomo I, UNAM, 1982, pág. 234.

2 Ibn Jaldún, *Introducción a la historia universal*, (Al-Muqaddimah), FCE, México, 1987, pág. 362.

3 Paul Parker (comp.) *Las ciencias sociales de hoy*, (col. Breviarios: 284) FCE, México, 1982, pág. 113.

4 Pierre Chaunu, "La economía: superación y prospectiva" en *Hacer la historia*, vol. II, LALA, Barcelona, 1979, págs. 59-80.

5 Witold Kula, *Problemas y métodos de la historia económica*, (col. Historia, Ciencia y Sociedad: 100) Península, Barcelona, 1977, pág. 13.

6 *Ibid.*, pág. 260.

7 Conviene advertir al lector nóvel que el materialismo histórico, en tanto corriente historiográfica, no es una obra específica de la literatura marxista ni tampoco una propuesta explícita y acabada sobre la materia que de principio a fin encontrásemos en alguno de sus trabajos. En verdad, su concepción y ejercitación de la historia está presente en toda su obra y ha debido ser entresacada de la misma para conformar un *corpus* específico, al cual habría que agregar las exégesis y contribuciones de los neo-marxistas. Al respecto, vale la pena preguntarse junto a Pierre Vilar si Marx "¿quiso alguna vez ser historiador? o ¿se propuso en alguna ocasión escribir una historia?". De cualquier manera recomendamos la lectura de su ensayo: "Historia marxista, historia en construcción" publicado en *Hacer la historia*, tomo I, págs. 179-219. Si se desea acudir a las fuentes originales, es imprescindible consultar el *Manifiesto del partido Comunista* y el Prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* para extraer algunas de las nociones fundamentales del materialismo histórico. A través de los *Manuscritos económico-filosóficos* se desarrolla la idea de una historia como realización de una esencia humana, al tiempo de que en *La ideología alemana* la historia es trabajada como producto de la praxis social. Por último, en *El capital* no sólo nos presenta la historia como un proceso de desarrollo de las fuerzas productivas en contradicción con las relaciones de producción, sino que nos entrega una "construcción del tiempo" en materia económica, etcétera.

8 Alberto J. Pla, *Modo de producción asiático y las formaciones económico-sociales inca y azteca*, El Caballito, México, 1979, pág. 15.

9 *Ibid.*, pág. 15.

10 Alain Badiou y Louis Althusser, *Materialismo histórico y materialismo dialéctico*, (Cuadernos de Pasado y Presente núm. 8) Argentina, 1972, pág. 38.

11 La bibliografía es extensa, de modo que se propondrá lo más representativo y, en muchos casos, sólo la ficha bibliográfica. Por su alto valor metodológico: *Teoría económica del sistema feudal* de Witold Kula, publicada por Siglo XXI, México, en 1974, que resulta ser una admirable vinculación entre historia y economía, en tanto elaboración y aplicación de un modelo para reconstruir el funcionamiento del sistema

económico polaco entre los siglos XV al XVIII; por su vigor conceptual y metodológico es recomendable la revisión de la obra colectiva *El feudalismo*, publicada por Ayuso, Madrid, en 1973, y que reúne los trabajos y discusiones en torno al feudalismo en Europa occidental y en el Maghreb precolonial. Por las mismas razones es recomendable la ya clásica obra de Maurice Dobb, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, no sólo porque entrega criterios metodológicos para una definición del modo de producción capitalista, su aparición en 1969 generó una polémica cuyo resultado fue la aparición de *La transición del feudalismo al capitalismo*, respuesta colectiva de Sweezy, Lefebvre, Takahashi y otros a las propuestas de Dobb y que ha sido publicada por Prisma-Ayuso, en México, 1983. Para una adecuada articulación entre los factores espaciales y demográficos en el proceso de construcción de modos de vida es recomendable ver a Pierre Vilar en *Crecimiento y desarrollo*, publicado por Ariel, Barcelona, en 1976. Otro de los tópicos que ha suscitado un gran interés teórico y hasta enconados debates ha sido el modo de producción asiático. Anunciado por Marx en el ya multicitado Prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*, ha sido interpretado, deformado, enriquecido, reinterpretado, etc., en diferentes latitudes y por diferentes científicos sociales, sobre todo en las décadas de los sesenta y setenta. Las referencias bibliográficas son abundantes, destacan: Jean Chesneaux, *El modo de producción asiático*, Grijalbo, México, 1982; Maurice Godelier, *El modo de producción asiático*, Eudecor, Argentina, 1966. Por supuesto hay que mencionar el libro encabezado por Roger Bartra, *El modo de producción asiático*, Era, México, 1969. Obras de consulta indispensable son: Gianni Soffri, *El modo de producción asiático, historia de una controversia marxista*, Península, Barcelona, 1971, y Alberto J. Pla, *Modo de producción asiático y las formaciones económico-sociales inca y azteca*, El Caballito, México, 1979.

Respecto a la historia económica de América Latina hay una importante cantidad de trabajos en términos de modos de producción, particularmente aquéllos referidos a la época colonial. Es fundamental la obra colectiva encabezada por Carlos S. Assadourian, *Modo de producción en América Latina*, Cuadernos de Pasado y Presente núm. 40, Córdoba, Argentina, 1973. Por su carácter altamente polémico es

- conveniente *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, de A. Gunder Frank, publicada por Signos, Buenos Aires, 1970. Por su visión panorámica, los trabajos de Celso Furtado, *La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la revolución cubana*, Siglo XXI, México, 1969 y Marcelo Carmagnani, *Formación y crisis de un sistema feudal. América Latina del siglo XVI a nuestros días*, Siglo XXI, México, 1976. Por último, es conveniente leer *Precios del maíz y crisis agrícolas en México (1708-1810)*, de Enrique Florescano, publicada por El Colegio de México en 1969, así como la síntesis *Historia económica de América Latina*, preparada en 2 tomos por Ciro F. Cardoso y Héctor Pérez Brignoli y publicada por Crítica, Barcelona, 1979.
- 12 Ver C. Marx y F. Engels, *El Manifiesto del Partido Comunista*, Beiyig, Lenguas Extranjeras, 1980, págs. 32-33.
 - 13 Ver Sergio Bagú, *Marx-Engels: diez conceptos fundamentales en proyección histórica*, Nuestro Tiempo, México, 1977, págs. 18-19.
 - 14 Franco Catalano, *Metodología y enseñanza de la historia*, Península, Barcelona, 1980, pág. 210.
 - 15 Pierre Chaunu, *op. cit.*, pág. 66.
 - 16 Ernest Labrousse, *Fluctuaciones económicas e historia social*, Tecnos, Madrid, España, 1980, pág. 20.
 - 17 Ciro F.S. Cardoso y Héctor Pérez Brignoli (compls.), *Historia económica y cuantificación*, (col. Septentus, núm. 279) México, 1976, pág. 5.
 - 18 Franco Catalano, *op. cit.*, pág. 237.
 - 19 Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid, 1982, págs. 179-180.
 - 20 Ambas publicaciones han sido traducidas y refundidas en su mayor parte bajo el nombre de *Fluctuaciones económicas e historia social* por Tecnos, Madrid, 1962.
 - 21 Aparte del *Mediterráneo* y de *La historia y las ciencias sociales* del propio Braudel, están los trabajos de Simiand y Labrousse citados aquí; también Jean Pierre Minaudier, *Fernand Braudel o la nueva historia*, (Nuevas lecturas de historia, núm. 1) UPTC, Tunja, Colombia, 1988.
 - 22 Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, págs. 122-123.
 - 23 Ver Jean Marczewski, *Introduction a l'histoire Quantitative*, Droz, Ginebra, 1965, e *Histoire Quantitative de l'économie française*, ISEA, París, s/a; Pierre Chaunu, *Histoire quantitative ou histoire sérielle*, "Cahiers Vilfredo Pareto", Ginebra, 1968, Ernest Labrousse, *Fluctuaciones económicas e historia social*.
 - 24 Ver Roderick Flud, *Métodos cuantitativos para historiadores*, Alianza Universidad, Madrid, 1979.
 - 25 Ver el excelente artículo de François Furet, "Lo cuantitativo en historia", en *Hacer la historia*, vol. I, LAIA, Barcelona, 1978, págs. 55-73.
 - 26 Peter Temin (comp.), *La Nueva historia económica. Lecturas seleccionadas*, Alianza Universidad, Madrid, 1984, pág. 9.
 - 27 Ver este interesante ensayo de Maurice Lévy-Leboyer: "La New Economic History", en *Historia económica y cuantificación*, pág. 83.
 - 28 Ciro F.S. Cardoso y H. Pérez Brignoli, *Los métodos de la historia*, Grijalbo, México, 1977, pág. 39.
 - 29 *Historia económica y cuantificación*, pág. 127.
 - 30 Manuel Tuñón de Lara, *Metodología de la historia social de España, Siglo XXI*, Madrid, 1977, pág. 48.